

EN EL AULA Y FUERA DE ELLA: EDUCAR CON LA VIDA

María García Amilburu

Facultad de Educación. Universidad Nacional de Educación a Distancia

Fechas de recepción y aceptación: 27 de febrero de 2013, 23 de marzo de 2013

Correspondencia: Edificio de Humanidades, Paseo Senda del Rey, 7. 28040 Madrid. España.
E-mail: mgamilburu@edu.uned.es

Resumen: En este artículo se recuerda que la educación es una actividad de carácter esencialmente moral, subrayando un aspecto que todo profesor debe tener en cuenta para el buen desarrollo de su tarea: la toma de conciencia de la “sacralidad” de este trabajo. Se abordan también otras cuestiones como la necesidad de lograr un adecuado equilibrio entre el grado de implicación y de desapego emocional del docente respecto de sus alumnos, el balance entre el cumplimiento de la legislación educativa y el ejercicio del tacto pedagógico, la separación entre la vida privada y la profesional, etc. La película *Profesor Lahzar* de Philippe Falardeau (2011), nominada al Oscar a la mejor cinta de habla no inglesa, constituye un ejemplo elocuente de buenas prácticas educativas en relación con estas cuestiones, por lo que se invita a reflexionar sobre algunas de sus secuencias.

Palabras clave: educación, profesión docente, deontología, prudencia, enseñanza, aprendizaje.

Abstract: This article stresses the essentially moral character of the teaching profession focusing on some ideas that every teacher should bear in mind in order to develop his or her task properly: the need of being aware of the “sacredness” of the educational process, and the necessary balance between emotional involvement and detachment towards the students. The film *Professor Lahzar* by Philippe Falardeau (2011), nominated for an



Oscar for the best foreign language film, is an example of good educational practices in relation to these issues, and teacher are invited to reflect upon some scenes of the film.

Keywords: education, educational work, deontology, prudence, teaching, learning.

1. INTRODUCCIÓN

Hace poco más de un año se estrenaba en España la película *Profesor Lahzar* de Philippe Falardeau, basada en una obra de teatro de Evelyn de la Chenelière. La campaña publicitaria previa a su estreno la describía como una obra maestra, un canto de amor a la educación, y esta presentación hace justicia a una historia que subraya el carácter sagrado que caracteriza, de algún modo, todo acto educativo.

Tanto las cuestiones que se plantean como el modo de tratarlas hacen de la película una pequeña joya que invita a los profesores a reflexionar sobre algunos temas que se plantean en la actualidad en el ámbito de la ética profesional docente. Por eso, su análisis puede ayudar a los profesores a recordar conceptos fundamentales que inciden en los problemas que hoy deben afrontarse dentro y fuera de las aulas en las sociedades occidentales.

En la primera parte del artículo se recordarán brevemente algunas nociones pedagógicas sobre las que se invita a reflexionar de modo más práctico en la segunda parte, remitiendo a varias secuencias de la película.

2. LA EDUCACIÓN: ENSEÑANZA Y APRENDIZAJE

La educación es una de las tareas más nobles a las que puede dedicarse un ser humano y constituye una labor compleja, que no es posible abarcar en un solo golpe de vista ni definir acabadamente con una única expresión sintética. De hecho, no han faltado a lo largo de la historia, y también en nuestros días, visiones contrapuestas acerca de *qué significa educar*: su fin específico, la noción de *ser humano educado* que debe orientar todo el proceso, los métodos más idóneos para lograrlo, etc. En estas páginas se va a considerar la educación en un sentido muy amplio: como el conjunto de tareas dirigidas a promover el perfeccionamiento humano mediante la enseñanza y el aprendizaje. Comprende todas las actividades y procesos mediante los que unas generaciones transmiten a las siguientes su patrimonio cultural, con el fin de contribuir al pleno desarrollo de las personas en el seno de una comunidad¹.

¹ Cfr. M.G. Amilburu, y J. García (2012) *Filosofía de la Educación*. Narcea, Madrid, p. 64.



El proceso educativo integra dos acciones complementarias: la *enseñanza* –por la que los profesores transmiten a sus alumnos una serie de conocimientos teóricos, habilidades práctico-técnicas y actitudes morales– y el *aprendizaje*, que consiste en interiorización vital y asimilación crítica por parte de los alumnos de aquello que se les enseña.

La labor de enseñanza, por tanto, no se limita a la docencia –el tiempo que el profesor dedica a dar clase–, sino que comprende también un amplio abanico de acciones educativas, entre las que se encuentran el asesoramiento académico, la orientación, las conversaciones informales y, sobre todo, el ejemplo.

La enseñanza solo adquiere un valor educativo cuando consigue *suscitar el aprendizaje* en los alumnos, es decir, cuando posibilita la mejora y el enriquecimiento personal de quienes se educan. Por eso, el modo más adecuado para evaluar su calidad es atender a los resultados reales de aprendizaje intelectual y moral que promueve en los alumnos. Enseñar es mucho más que enunciar una ciencia, porque la transmisión de los contenidos debe hacerse de manera que facilite que los alumnos puedan interiorizarlos, asimilarlos, aplicarlos a su vida y transferirlos a otros ámbitos de conocimiento. *Saber enseñar* no equivale a *saber el contenido* de la ciencia que se transmite, porque el profesor debe poner en ejercicio una serie de capacidades de carácter moral y artístico que no son exclusivamente de índole teórica o conceptual, sino disposiciones y cualidades que se adquieren y desarrollan de modo práctico.

El fin específico al que se orientan tanto la *enseñanza* como el *aprendizaje* es la *educación*, y esta debe considerarse un fin en sí misma, porque resulta imprescindible para el desarrollo de la vida humana. La educación constituye un *estado de la persona* al que se aspira por el beneficio intrínseco –no instrumental– que reporta a nuestras vidas. Por eso, igual que no tiene sentido preguntar a un ser humano *para qué* quiere ser feliz, tampoco lo tiene cuestionarse *para qué* se desea ser una persona educada, ya que el hombre solo puede vivir en cuanto tal si ha tenido la posibilidad de recibir algún tipo de educación.

3. LA “SACRALIDAD” DEL ACTO EDUCATIVO

El estudio del proceso educativo puede abordarse desde dos perspectivas: desde una visión externa se lo asocia a nociones como autoridad, poder, control social, etc., subrayando la dimensión instrumental de la educación; desde la perspectiva interna se pone el acento en las actitudes, el modo de actuar, la autonomía y responsabilidad del profesional, resaltando su carácter moral².

² Cfr. L. Evans (2008) “Professionalism, Professionalism and Development of Education Professionals”, en *British Journal of Educational Studies*, vol. 56, 1, pp. 20-38, esp. 29.



Cuando solo se considera la tarea educativa desde el punto de vista externo, el análisis de la *profesionalidad* de los docentes se reduce a la consideración del conjunto de estrategias y técnicas empleadas para alcanzar cierto resultado; por el contrario, cuando se pone el acento en la perspectiva interna, la valoración de la *profesionalidad* se determina en gran medida por las actitudes, el comportamiento y el compromiso deontológico que el docente asume en el ejercicio de su trabajo.

Al educar el profesor se introduce en un ámbito que tiene un carácter esencialmente moral, porque la enseñanza se dirige a familiarizar a unas personas –habitualmente jóvenes– con unas formas de comprensión del mundo que se consideran *valiosas*, iniciándolos al mismo tiempo en modos de relacionarse consigo mismos, con los demás y con el entorno *más adecuados*, en definitiva, *mejores*: más humanos.

La dimensión esencialmente moral del acto educativo queda también subrayada por el hecho de que constituye una de las profesiones estructuradas sobre *relaciones de ayuda*. Una de las características más notables de estos trabajos es que sus beneficiarios deben considerarse siempre desde el prisma global de la persona y nunca exclusivamente como clientes, porque se orientan a la atención de seres humanos que se encuentran –desde algún punto de vista– en una situación de necesidad o precariedad. De hecho, las necesidades de los beneficiarios son las que determina la propia existencia de esas profesiones, que requieren habitualmente un fuerte elemento vocacional y exigen que los profesionales, además de estar dispuestos a posponer los propios intereses para dar prioridad a los de los demás, asuman una serie de compromisos de orden moral que no se exigen a otros profesionales³.

Por lo que respecta específicamente a *la relación de ayuda educativa*, en ella se generan unos vínculos entre profesores y alumnos que dan lugar a una *dependencia recíproca* cuya característica más notable es la *asimetría*, de la que se deriva el alto grado de vulnerabilidad que afecta a ambas partes de la relación⁴.

Así pues, la relación educativa se estructura internamente como una *relación de ayuda asimétrica*. Aunque iguales en dignidad en cuanto seres humanos, el profesor y los alumnos no se sitúan en el mismo plano atendiendo a la perspectiva educativa, sino que estos últimos se presentan como la parte pedagógicamente más débil y vulnerable. Esta mayor indefensión no se debe exclusivamente al hecho de que –de ordinario– tengan menos edad que los profesores sino sobre todo a que, por la propia naturaleza de la edu-

³ Cfr. M. Campillo Díaz y J. Sáez Carreras (2012) “Por una ética situacional en Educación Social”, en *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*, vol. 19, pp. 13-36; Cfr. C Higgins (2010) “The Good Life of Teaching: An Ethics of Professional Practice”, *Journal of Philosophy of Education*, vol. 44, Special Issue, pp. 352 y ss.

⁴ Cfr. M. G. Amilburu y J. García (2012) *Deontología para profesionales de la Educación*. Ed. Ramón Areces, Madrid, pp. 16-17.



cación, se pide a los docentes que *interfieran activamente* en el desarrollo de quienes les son confiados de manera que los alumnos *cambien* (lógicamente, a mejor)⁵. Pero el profesional puede fallar en el ejercicio de su tarea y defraudar la confianza que se deposita en él, tanto por incapacidad personal como por circunstancias que escapan a su control y responsabilidad.

Así, la asimetría y vulnerabilidad propias de la relación educativa señalan la necesidad de estipular unas pautas éticas de conducta orientadas a regular las relaciones entre las partes, de manera que se reduzca al mínimo el riesgo de que el más fuerte se aproveche del más débil. Y aunque los códigos deontológicos no pueden prevenir todos los casos de abuso de poder, al menos sirven para recordar a los profesionales cuáles son las conductas más adecuadas y lo que se espera de ellos en el ejercicio de su trabajo. Por eso es necesario saber aplicarlos con prudencia, pues la educación es más un arte que una ciencia exacta.

4. EL EQUILIBRIO EN LA EDUCACIÓN

Lo que se ha venido considerando hasta el momento –la sacralidad del acto educativo, la vulnerabilidad y asimetría propias de las relaciones que se establecen entre profesores y alumnos, etc.– pone de manifiesto la grave responsabilidad que asumen los docentes y la necesidad de que quienes se dedican a esta labor, además de poseer buenas condiciones naturales y haber recibido la formación adecuada, sean personas que destaquen por su prudencia, equilibrio y madurez.

Así, no es infrecuente que un profesor se cuestione hasta qué punto es adecuado implicarse emocionalmente con sus alumnos y con la propia dedicación a la enseñanza⁶. Se trata, sin duda, de una pregunta compleja y ya ha pasado casi una década desde que Day intentara responderla, señalando algunos de los peligros inherentes a la excesiva implicación afectiva con la tarea docente y con los alumnos, advirtiendo, al mismo tiempo, de que una actitud de desapego conscientemente mantenida, aunque consiga minimizar esos riesgos, tiene el inconveniente de que puede conducir al desinterés y al cinismo, e incluso puede incapacitar al profesor para desarrollar una labor genuinamente educativa⁷. Es necesario, por tanto, mantener un equilibrio entre estas posiciones extremas: tan importante es huir del sentimentalismo como de la frialdad, para poder cultivar un

⁵ Cfr. I. Frowe (2005) “Professional Trust”, en *British Journal of Educational Studies*, vol. 53, 1, pp. 34-53, 44.

⁶ Cfr. A. M. Shuffleton (2012) “Philia and Pedagogy ‘side by side’: The Perils and Promise of Teacher-Student Friendships”, en *Ethics and Education*, vol. 7, 3, pp. 211-223.

⁷ Cfr. C. Day (2004) *A Passion for Teaching*. Routledge, London.



interés sincero por los alumnos orientado exclusivamente a servirles de ayuda para que puedan mejorar en todos los aspectos de su desarrollo.

Los motivos fundamentales que aconsejan a los profesores establecer unos límites a su implicación emocional con los alumnos vienen determinados por la propia naturaleza de la relación educativa y por la necesidad del docente de preservar la propia salud e integridad personal.

En cuanto a lo primero, no es posible ignorar que la vinculación entre profesores y alumnos constituye un cierto género de *relación amorosa*, atendiendo al significado originario del verbo amar: *desear y procurar el bien para alguien*.

Si el amor busca fundamentalmente el bien del otro, se entiende que, después del amor de los padres, el de los profesores es una de las formas de amor más genuinas que existen, aunque no siempre esté acompañado del afecto sensible hacia los alumnos. Y también es fácil comprender que educar requiere *poner amor* en la tarea, porque el profesor solo puede comprometerse eficazmente en ella cuando desea que, a través de su enseñanza, los alumnos alcancen los conocimientos y desarrollen las disposiciones que necesitan para llegar a *ser* buenas personas y *obrar* en consecuencia.

Pero nunca debe perderse de vista que, por la propia naturaleza de la educación, el amor de los profesores hacia sus alumnos no es de carácter incondicional, como debe ser el de los padres por sus hijos; tampoco se trata del tipo de afecto que une a los enamorados, ni el que vincula al *maestro* con sus discípulos –porque mientras que es propio de los discípulos mantener una dependencia crónica de sus maestros, los profesores desean que suceda lo contrario: que sus alumnos maduren y ellos mismos se hagan innecesarios–. Olvidar este aspecto puede conducir a graves errores, además de ser fuente de muchos disgustos.

Por otra parte, no es conveniente que el profesor se involucre emocionalmente en exceso con sus alumnos, por su propia salud e integridad personal; de la misma manera que se aconseja a los médicos que mantengan una cierta distancia afectiva respecto de sus pacientes para poder realizar mejor su trabajo. Así, el equilibrio personal del docente exige que algunas cuestiones que deben estar integrados en el nivel de la intención permanezcan desvinculadas en la vida práctica.

Es importante esforzarse por conseguir una fuerte *coherencia* entre la dimensión personal y la profesional, porque esta integración forja la propia mentalidad –un modo específico, original, de ver la realidad y de afrontar los problemas–. Pero también es esencial que el docente establezca una clara *distinción* –que no divergencia– entre su vida profesional y su vida privada, diseñando las fronteras que separan estos dos ámbitos, para poder asumir mejor los diferentes compromisos familiares, profesionales, sociales, etc., que se van adquiriendo a lo largo de la vida. Si no se señalan unos límites –todo lo flexible que sea necesario, pero límites al fin y al cabo–, se verán perjudicadas la salud



física y mental, las relaciones familiares y de amistad, y toda la vida del profesor se irá empobreciendo.

Pues bien, todas estas cuestiones –y otras muchas que no podemos detenernos a analizar aquí– se abordan con gran belleza y exquisita sensibilidad artística y pedagógica en el film *Profesor Lahzar*, de Philippe Falardeau (2011), nominada al Oscar a la mejor película de habla no inglesa.

A continuación, se destacarán algunas secuencias y personajes que son de especial interés para reflexionar sobre cuestiones que afectan al ámbito de la deontología profesional de los docentes.

*Ficha técnica*⁸

- Título original: *Monsieur Lazhar*
- Año: 2011
- País: Canadá
- Dirección: Philippe Falardeau
- Intérpretes: Fellag, Sophie Nélisse, Émilien Néron, Danielle Proulx, Brigitte Poupart, Jules Philip, Daniel Gadouas y Louis Champagne
- Guión: Philippe Falardeau, basado en la obra de teatro de E.de la Chenelière *Bachir Lazhar*
- Música: Martin Léon
- Fotografía: Ronald Plante

Sinopsis

La acción empieza un día de invierno en una escuela pública de Montreal. Mientras los niños juegan en el patio durante el recreo, una profesora se suicida en el aula en la que daba clase a chicos y chicas de doce años. Bachir Lazhar, inmigrante de origen argelino, lee la noticia en la prensa y se ofrece como profesor sustituto a la directora del colegio, ya que después de lo ocurrido nadie quiere realizar ese trabajo. Aunque Bachir proviene de un ambiente cultural muy diferente logrará hacerse con la clase, mejorar el resultado académico de los alumnos y ayudar a los chicos a superar la muerte de la profesora, al tiempo que sobrelleva con una absoluta reserva su propia tragedia familiar.

Profesor Lahzar es una declaración de amor a la educación y a la tarea de los profesores. Bachir Lahzar –que había trabajado como funcionario y en un restaurante en Argelia– venera la profesión docente porque la había visto encarnada en la figura de su mujer, a la que amaba sinceramente. Tiene un concepto elevadísimo de esta tarea y de

⁸ Cfr. www.decine21.com.



la relación que se establece entre el profesor y los alumnos, y así lo manifiesta en uno de los diálogos más emocionantes que mantiene con ellos:

–Es difícil entender por qué alguien decide suicidarse. Pero es imposible comprender por qué alguien lo hizo aquí [en su propia clase]. El aula es un lugar de amistad, de trabajo y de modales. Sí, de buenos modales. Un lugar de vida, donde consagramos la vida, donde damos vida, no un lugar donde contagiar nuestra desesperación a toda una escuela.

La película invita también a la reflexión sobre los límites entre la vida privada y la vida profesional del docente y denuncia algunas contradicciones latentes en un sistema educativo demasiado burocratizado y formalista que, mientras muestra una sensibilidad exagerada hacia temas que son ciertamente muy importantes, pasa por alto aspectos que son esenciales para el buen ejercicio de la tarea educativa.

Los personajes principales

En el desarrollo de la historia vamos conociendo más detalles de la vida de los protagonistas. Martine, la profesora fallecida a la que los niños tenían gran afecto, padecía crisis de ansiedad desde hacía tiempo, su matrimonio no funcionaba y había sufrido una experiencia muy desagradable y difícil de afrontar con uno de los alumnos: este había dicho que Martine había intentado besarlo, cuando en realidad ella solo quiso consolarlo mientras lloraba. Fue precisamente este niño, Simón, quien descubre el suicidio de la profesora porque ese día le tocaba a él volver antes del recreo para repartir los *bricks* de leche al resto de sus compañeros.

Bachir Lazhar es un refugiado que trata de conseguir asilo político en Canadá, después de que su mujer y sus hijos hayan sido asesinados en un atentado en Argelia. La mujer de Bachir era maestra y había recibido amenazas de muerte tras la publicación de un libro en el que criticaba actuaciones injustas del régimen político; sin embargo, ella no quiso salir del país antes de que terminase el curso para no abandonar a sus alumnos. Bachir mantiene una reserva absoluta sobre su vida y su pasado –que nadie conoce–, y afronta su propia tragedia con fortaleza, sin dejar que sus problemas personales contaminen su trabajo en el aula.

La directora del instituto tiene amplia experiencia en el campo de la educación: es eficaz, querida y respetada por el resto de los profesores y dirige el centro con acierto. Su prioridad son los niños: su educación y su felicidad. Cuando descubre que Bachir no tiene la titulación necesaria para trabajar como profesor decide no despedirlo, porque los resultados educativos que va consiguiendo son excelentes y los niños están felices; así, asume personalmente su error, pero no lo comunica a nadie.



Simón es un chico problemático que desde hace años actúa de manera violenta. No se ofrecen detalles de su familia: solo sabemos que sus padres están ausentes. Martine lo ayudaba personalmente con clases de recuperación, le había regalado una máquina de fotos y le tenía especial afecto. Cuando esta intentó abrazarlo para consolarlo, Simón rechazó sus muestras de cariño echándole en cara “que no era su madre”, y mintió acusando a Martine de que había querido besarlo, ocasionándole graves problemas. Poco a poco descubrimos que, tras el suicidio de la profesora, está atormentado porque se siente culpable de su muerte y odia a Martine porque escogió para morir el día en que le tocaba a él entrar en la clase antes que lo hicieran los demás chicos.

Alice es una niña excepcionalmente sensible y madura para su edad, que ayuda a su manera a Bachir a que adapte sus métodos pedagógicos a la situación de la clase. También contribuye a que Simon pueda liberarse del sentimiento de culpabilidad y la angustia. Vive con su madre, que trabaja como piloto de avión, y debe viajar con frecuencia, aunque compensa sus ausencias con cariño y una atención esmerada a su hija mientras está con ella.

La psicóloga encargada de hacer terapia con los niños tras el suicidio de la profesora se esfuerza por realizar bien su trabajo, y la película no critica su labor, pues trata de ayudar a superar el *shock* provocado por la muerte de la profesora. Pero sí se sugiere entre líneas el peligro que encierra una mentalidad fragmentaria, tan extendida en la actualidad, de acudir a *superespecialistas* en un campo reducido que se limitan a aplicar reglas de manual dentro de su parcela, en lugar de ver en los chicos seres humanos a los que hay que ayudar en todas sus dimensiones. Y se hace patente el miedo e incapacidad de la sociedad actual para reflexionar sobre un tema esencial con el que todos debemos enfrentarnos en algún momento, como es la muerte propia y ajena.

El film presenta distintos modos de entender y ejercer la enseñanza, encarnados en los profesores del centro: Claire es una persona creativa, idealista, que utiliza métodos pedagógicos muy participativos; Gastón, el profesor de educación física, adopta una actitud decididamente pragmática: es un buen profesional a quien las contradicciones internas de algunas reglamentaciones educativas le impiden realizar su trabajo; Bachir emplea una metodología más tradicional, que podría considerarse incluso “superada”, etc. Pero Falardeau se esfuerza por mostrar que ninguno de esos estilos tiene por qué considerarse “el mejor”, despreciando los demás. Por el contrario, sugiere cómo todos pueden aprender de todos y que lo más importante para un profesor es cultivar un interés auténtico por la educación de los chicos que le lleve a adoptar el estilo pedagógico que se adecue mejor a su personalidad, a las circunstancias de los alumnos y a la materia que enseña.



Propuestas para la reflexión y el diálogo

Es interesante señalar que la película no propone soluciones concretas a las cuestiones y dilemas educativos que se plantean; parece incluso que el director lo evita expresamente, pues cada vez que se presentan este tipo de situaciones la escena se interrumpe por un suceso fortuito –un alumno que sangra por la nariz, el timbre que anuncia el final de la clase, etc.–, dejando planteada la pregunta sin proponer una solución y abriendo el espacio a diversas alternativas que la prudencia y el equilibrio personal del profesor deberán descubrir.

Señalamos a continuación algunas cuestiones para la reflexión a partir de secuencias y diálogos de la película.

- Concepto de educación

¿Cómo entienden la educación cada uno de los personajes señalados en la columna de la izquierda, según lo que se muestra en las escenas o diálogos que se señalan en la columna de la derecha?

<i>Personaje</i>	<i>Escena / “Diálogo”</i>
Directora	- Primera entrevista con Bachir. - “Si llaman del Ministerio que hablen conmigo”. - Sala de profesores: “Podemos ayudar a Simón o pasar el problema a otros”. - Despedida de Bachir: “No sé cuál de los dos está más loco”.
Bachir	- Primera entrevista con la directora. - Sala de profesores: “¿Y usted ve normal que se colgara en su clase?”. - “¿Cree que la Sra. Fortune [Martine] respetó a sus alumnos al ahorcarse en la clase?”. - “[No podemos] contagiar nuestra desesperación a toda una escuela”.
Padres de Marie-Fredérique	- “Preferimos que se limite a enseñar, no a educar a nuestra hija”.

- Metodología didáctica

¿Qué tipo de metodología didáctica emplean los profesores en las clases que aparecen en la columna derecha? Señalar pros y contras.



Bachir	- Dictado de Blazac. - Encargar redacciones.
Claire	- Clase sobre los aborígenes americanos.
Gastón	- Actividades en el gimnasio.

- Fragmentación técnica frente a visión de conjunto de la persona

¿Qué se pone de manifiesto en relación con este tema en las situaciones que se señalan en la columna de la derecha?

Directora	- Primera reunión con padres y alumnos. - Última conversación con Bachir: “No soy tonta. Siempre quisiste desenterrarla”.
Psicóloga	- Pide a Bachir que salga de la clase.
Bachir	- Temas propuestos para las redacciones de los alumnos. - Actividad anual que quiere hacer. - Abre la tapa de los pupitres de los alumnos. - Sala de profesores: comentario acerca del duelo de los niños y de todo el colegio. - “No se trata solo de violencia física; la foto de Simón sugiere un problema más revelador”. - Comentario de Víctor sobre el suicidio de su abuelo.
Gastón	- En la sala de profesores: “¡Otro especialista!”.

- Modo de abordar el tema de la muerte con los alumnos

¿Qué ventajas e inconvenientes educativos pueden tener los diferentes modos de afrontar el tema?

Bachir	- Provocar que surja la conversación del duelo de los niños y de toda la escuela. - Redacción de su fábula: “No hay nada que decir sobre una muerte injusta”.
Directora	- Encargarlo al especialista.
Psicóloga	- Solución técnica del experto.

- Trato con los alumnos

¿Son correctas y prudentes estas actuaciones o comentarios?



Directora	- “La ley prohíbe que un profesor toque a un alumno”. - “Algunos se merecen una torta; antes repartía alguna pero ahora dirijo una escuela”. - “Martine no hizo nada mal. Fue un pequeño error de juicio”.
Gastón	- Opinión sobre la metodología de la Educación Física que debe emplear. - “Una palmadita de ánimo y ya tienes un juicio”. - Comentario sobre las quemaduras de su hijo “porque el monitor lo le podía dar crema protectora en la espalda”.
Marie-Frédérique	- [A Bachir] “Debería pedirle disculpas a Simón”.
Víctor	- [A Leo] “No se le puede dar una aspirina para la migraña”.
Bachir	- Modo de atender a Leo durante la hemorragia de nariz. - Modo de consolar a Simon en clase. - Despedida de Alice.

- Vida privada de los docentes

¿Es prudente la relación que mantienen entre la vida privada y la profesional los personajes de la columna de la izquierda en las situaciones señaladas en la columna de la derecha?

Directora	- Se sorprende cuando Bachir le pregunta a ella si todo va bien.
Claire	- Conversación con Bachir en su casa, antes de cenar. - “Hábleles a las plantas de sí mismo”.
Bachir	- Reacción cuando Simón le hacen una foto el primer día de clase. - Reúsa la invitación de Claire a llevarle en coche. - Conversación con Claire en su casa.

5. REFERENCIAS

- AMILBURU, M. G. y GARCÍA, J. (2012) *Deontología para profesionales de la Educación*. Ed. Ramón Areces, Madrid.
- AMILBURU, M.G. y GARCÍA, J. (2012) *Filosofía de la Educación*. Narcea, Madrid.
- CAMPILLO DÍAZ, M. y SÁEZ CARRERAS, J. (2012) “Por una ética situacional en Educación Social” en *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*, vol. 19, pp. 13-36.



- DAY, C. (2004) *A Passion for Teaching*. Routledge, London, 2004.
- EVANS, L. (2008) “Professionalism, Professionalism and Development of Education Professionals”, en *British Journal of Educational Studies*, vol. 56, 1, pp. 20-38.
- FROWE, I. (2005). “Professional Trust”, en *British Journal of Educational Studies*, vol. 53, 1 pp. 34-53.
- HIGGINS, C. (2010) “The Good Life of Teaching: An Ethics of Professional Practice”, *Journal of Philosophy of Education*, vol. 44, Special Issue.
- SHUFFLETON, A.M. (2012) “Philia and Pedagogy ‘side by side’: The Perils and Promise of Teacher-Student Friendships”, en *Ethics and Education*, vol. 7, 3, pp. 211-223.
<www.decine21.com>



